

Y el poeta divaga contemplando las piedras y se pregunta si
hay acaso
entre aquellos contornos derruidos, cumbres, picos,
cavidades y curvas
hay acaso
aquí donde convergen los pasos de la lluvia, del viento
y de la ruina,
hay la movilidad del rostro, la forma de la ternura
de quienes tan extrañamente han amenguado en nuestra vida,
de quienes permanecen sombras de oleajes y pensamientos
en el océano sin fin,
o tal vez no, nada perdura salvo el peso,
la nostalgia del peso de un ser vivo
allí donde yacemos hoy insustanciales, inclinados
a manera de ramas del truculento sauce
que se amontonan prolongando la desesperanza
mientras el amarillo flujo con lentitud arroja
en el lodo los juncos arrancados,
imagen de una cara que se volvió de mármol
por una decisión de perenne amargura.
El poeta, un vacío.

Con su rodela el sol trepaba combatiendo
y de lo más profundo de la cueva un medroso murciélago
surgió contra la luz como saeta que da contra un escudo:
“Ἄσινη τε . . . Ἄσινη τε . . .” ¡Si fuera éste
el rey de Ásina, al que con tal esmero habíamos buscado
en semejante acrópolis
rozando a veces con los dedos nuestros
su propio tacto sobre las piedras!

Giorgos Seferis

Traducción de Jaime García Terrés